

CON EL ABUELO Y LAS BALLENAS

Francesco Luti

(trad. de Luz Ayuso Blázquez)

*I would spread the cloths under your feet:
But I, being poor, have only my dreams;
I have spread my dreams under your feet;
Tread softly because you tread on my dreams.*

(de He wishes for the Cloths of Heaven,
W.B. YEATS)

Mi abuelo ha muerto de soledad. Como una vela se ha consumido en él la vida. Admito que echo de menos las sonrisas tristes que sabía acompañar con largos silencios. El abuelo era un hombre ensimismado*. Alto y robusto, tenía los ojos azules y el pelo blanco.

Hasta el verano pasado yo iba solo a Cape Clear. Digno de ver era el mar con esa brisa fresca y envolvente. Tendido en el prado respiraba el aire sano, después volvía a casa: no era capaz de quedarme mucho tiempo allí arriba.

Fue el abuelo el que me enseñó a reconocer las voces de las ballenas que algunos domingos veíamos emerger en los alrededores de Sherkin Island.

En Cape Clear el abuelo hablaba poco. También yo. Aquello era precioso porque no había ruidos artificiales, como si hubiesen sido raptados por el mar. Durante el trayecto, sin embargo, nos contábamos muchas cosas y lo hacíamos en *gaeilge*, la lengua de nuestra tierra. Me hablaba de los libros que había leído y de aquellos que quería leer. El abuelo estaba siempre buscando algo. A mitad del camino nos parábamos un rato frente a la casa de los Dineen. Allí, en el umbral, el abuelo hablaba con Sean, que estaba sentado cosiendo con una aguja capotera las blancas velas rotas. Yo me quedaba mirando los zapatos de Katherine, la hija más pequeña de Sean. Katherine tenía dos años menos que yo y era muy guapa. Sus ojos mostraban el reflejo nacarado de las conchas raras que yo recogía en la playa de Fountainstown. No me atrevía a mirarla a la cara: era demasiado niño entonces. Aquellos ojos sin embargo, no consigo olvidarlos. De los zapatos, en cambio, no recuerdo ni la forma ni el color.

El abuelo a los treinta años enfermó de una especie de soledad. Comenzó a hablar menos. A algunos de sus amigos les confió que estaba cansado. Aun cuando parecía que estaba a punto de terminar una lectura, iniciaba la de otro libro. Me lo contó mi padre un día que estábamos sentados en el columpio de nuestra terraza. Permanecí en silencio durante dos días y sólo conseguía consolarme volviendo a Cape Clear con el abuelo, porque cuando estaba conmigo me parecía un poco menos triste. Papá aquel día me dijo que las obras de Maupassant habían salvado el pellejo al abuelo en varios momentos de su vida y que gracias a Balzac la pudo alargar durante una semana, decisiva, ya que fue aquella en la cual conoció a la abuela Caroline. También papá y yo, por lo tanto, le debemos algo a Balzac, como si fuésemos criaturas de sus novelas.

Pero, según él, fueron muchos los autores que ayudaron al abuelo a seguir un día tras otro. Daniel Corkery, Liam O'Flaherty y también el viejo James Plunkett con su *The trusting and the maimed*. Fue el único libro del abuelo que conseguí terminar de leer antes de que él lo lanzase al mar desde un acantilado de Cape Clear.

Yo entendía que el abuelo sufría, y no hacía falta que papá y mamá me lo repitiesen. En cambio él se esforzaba por parecer un abuelo como cualquier otro. Pero yo no caía en la trampa.

Llenábamos la bolsa negra con queso, pan y manzanas frescas, de las verdes. De beber llevábamos un termo de café hirviendo. Desde nuestra casa hasta el castillo de Cape Clear había tres kilómetros. En cuanto la colina se alzaba para ofrecernos la vista azul de nuestro mar, le dábamos la espalda y nos sentábamos sobre la hierba: íbamos allí por las ballenas. Era bonito cuando el viento nos simulaba frases al oído y desde nuestra posición podíamos distinguir las aspas blancas de los windmills que generaban electricidad y, debajo, a la derecha, el islote con el faro, el Fastnetrock.

Mi familia se quedaba en casa, pero no con el alma en vilo: nosotros nos las arreglábamos bien. El abuelo conocía bien el lugar porque de joven venía solo con su melancolía. A veces también con la abuela. De aquel periodo llevo conmigo una foto suya en la cartera: es de esas en sepia y ella está en pie de perfil, quieta, delante del portón de una iglesia que ya no reconozco. A su lado hay un anciano que parece un sacerdote, pero tampoco a él lo reconozco. Nunca he conocido a la abuela, nació el año en que ella murió; sé que le gustaba escribir en un cuaderno verde, de piel.

En Florencia, donde me encuentro desde hace un par de años para estudiar literatura italiana, siento incidir el paso de mi edad. Me los veo impuestos injustamente estos veinticinco años, y la ciudad, por lo demás bella y encantada, en cuanto la siento dentro me parece despiadada y cruel. Quizá belleza y crueldad para ella se unen en oxímoron permanente. En ella se casan con rito civil. Quisiera que se llegara a un buen divorcio, con la crueldad obligada a pagar algo y yo me convirtiera en legítimo amante de la belleza. Pero no puedo, así no lo consigo.

Lo hablo con Lara y ella sonrío pensando que yo esté bromeando. Hablamos de esto cuando viene a verme a la casa que comparto con otros estudiantes en Galluzzo y apoyando los codos en el alféizar de la ventana de mi habitación observamos el bonito paisaje con las inmóviles colinas de la Toscana. “Qué pena”, mascullo, “ que estén las torres de la energía eléctrica que las atraviesan”. Le digo que hemos sido nosotros los que le hemos puesto esos cables de acero alrededor.

Debería haberos dicho antes que no amo a Lara. Nunca la he amado, y sin embargo hemos hecho el amor muchas veces. Me he resignado a pensar que el amor que llevaba dentro ya ha sido dado y ahora sólo queda un poco para el abuelo y pocos más. Soy sincero confesándolo a Lara mientras apoya pensativa la mejilla en la ventana y me sonrío cuando el sol consigue bañarle la frente y yo continuo sin entender quién de nosotros ha sido el ingenuo.

Creo que la soledad de las ballenas es como la de los hombres. Vivimos en grupo y estamos solos. Pero ellas tienen una ventaja sobre nosotros: pueden comunicar tejiendo complejos motivos que escapan a la percepción humana. Habría sido bonito crear un lenguaje como este, pienso para mí, hacerse oír en silencio a cientos de kilómetros. Las bajas frecuencias podrían salvarnos del fin que estamos construyendo con la precisión tecnológica que nos distingue. Pensaba en su forma de comunicar también cuando de pequeño mi madre me llevaba al médico y estaba un rato mirando las tablas optométricas, con aquellos bichos extraños. Quizás aquellos pequeños peces serán capaces de indicarnos la salida. Inútil hablarlo con Lara, me digo.

No somos zahoríes del mar. Somos sólo incapaces de amar. Hoy se pide también el amor. Además hay siempre una minúscula cuerdecita que nos une a los demás. Pienso

en ello esta tarde sentado en un jardincillo de *Galluzzo* mientras siento y veo las primeras gotas de un temporal de primavera. Quien tiene el valor de morir se convierte en dueño de los otros, condicionándolos para siempre. La salvación está quizá en ser como pececitos: no tener ataduras, nacer de la nada, como el polvo o la suciedad que siempre llevamos con nosotros y no tener que sufrir por nadie, egoistas más aún de lo que hemos conseguido llegar a ser. ¿Será esta la puerta justa para la vida, la llave que abrirá la camisa de fuerza de nuestra conciencia?

Tal vez esos pececitos lo han leído entre las líneas de la biblioteca “marina” incompleta del abuelo. Me gusta pensar que es así.

Cuando vuelvo a Irlanda me da por coger la bici y dar un paseo por las colinas y atravieso los campos teñidos de púrpura por las flores. A menudo, en el viento me parece oír como unas voces. Freno, me vuelvo, pero veo que detrás no hay nadie. Si verdaderamente fuese el viento el que hablase, no sería ya capaz de entenderlo. He desaprendido el arte de escuchar, la espera. Pienso en el abuelo, en sus ojos fijos en el mar y me entristezco.

Cuando la abuela se tiró desde un acantilado en Cape Clear era un domingo como este, pero llovía, me dijo papá que llovía tanto que el agua del cielo y del mar era una sola cosa.

* En español en el original.